

MUERTE Y RESURRECCIÓN

ABANDONARSE EN DIOS



No sabemos cómo será cuando nosotros mismos muramos. Tampoco sabemos qué aspecto tendrá el otro lado del umbral. ¿Cómo podemos entonces aceptar la muerte? Y, sin embargo, aquí está el alegre mensaje, que Jesús nos ha prometido: Podemos estar seguros de que Él, por la Resurrección, nos ha preparado el camino para la vida eterna. Sabemos que Él en los Evangelios habla del cielo como una comunidad y que allí nos espera una nueva vida, y Jesús, como Hijo del Padre, nos muestra la misericordia de Dios que perdona y pone en pie.

En relación con esto, recuerdo especialmente a un moribundo, al que acompañé: Un hombre de unos cuarenta años, casado y con dos hijos pequeños. El hombre tenía una enfermedad mortal y estaba amargado – amargado por la vida y enfadado con todos los de su alrededor. En lo profundo de su corazón estaba irritado con Dios: En su juventud, según su opinión, Dios le había abandonado cuando murieron sus padres. El médico me dijo que el moribundo, por esta amargura, se había agarrado a la vida por todos los medios.

Visité tres veces a este padre de familia. La primera vez no le dije mucho. Me informó sobre su vida y lo amargado que estaba. Confesó que estaba preocupado por cómo podría continuar la relación con sus hijos. Lo poco que yo le dije fue que Dios es amor y que quiere formar comunidad con nosotros y que esta comunidad continúa también después de la muerte y que él podría querer a sus hijos también en el cielo. Dios desea, así continuaba yo consolándole, recibirle en el cielo, perdonarle y ofrecerle su amor misericordioso. Todo esto quizás suena muy sencillo y poco ayudador, pero yo no tenía más que decirle.

Cuando nos encontramos la segunda vez, no necesité ya darle ningún buen consejo. Resplandeciente de alegría me informó de que había rezado el Padrenuestro y el Ave María. Se había podido deshacer del temor, la decepción y la amargura que antes había tenido en su corazón y ya no se agarraba a su vida. Un par de días más tarde se confesó por primera vez desde su infancia y recibió la sagrada Comunión. Incluso consolaba a su familia y les decía que también ellos debían creer en la resurrección. Después murió. No sé exactamente lo que les dijo a los suyos este hombre. En todo caso, después de su muerte, sus hijos comenzaron de nuevo a creer en Dios con convicción.

Vida y muerte, la vida de aquí y la vida eterna forman un conjunto. Ahora mismo podemos tener confianza, pues, por medio del Bautismo, vivimos ya como comunidad con Cristo y los santos. Por eso, podemos confiar en la “realidad celestial”, aunque en la obscuridad de una muerte próxima creamos que no percibimos nada de ella.

Bengt Almstedt S.J.
Párroco de Sta. Eugenia. Estocolmo
Revista Jesuiten 2008/1

